

Instrucciones para subir una escalera eléctrica

Homenaje a Luis Manuel Aguayo

Alexander Ruiz Silva¹

*Your stairway lies on the whispering wind?*²
«Stairway To Heaven», Led Zeppelin

Párate de frente y a poca distancia de la escalera. Levanta un pie y súbelo al primer escalón que veas emerger del piso hacia arriba. Sin tardanza alguna, sin pensarlo en absoluto, sube el otro pie al escalón que sigue, al que emerge justo detrás del que alojó tu primer pie. Si no confías demasiado en tu capacidad de mantener el equilibrio mientras ejecutas esta operación agárrate al tiempo y con fuerza moderada a una o a las dos bandas laterales dispuestas en la escalera, que corren para arriba a la misma velocidad que los escalones. Bueno, ya estás arriba, ya aprendiste a subirte a una escalera eléctrica. Ahora necesitas instrucciones para bajarte... o tal vez no, tal vez la aventura de subirte te obligue a descubrir o a inventar cómo hacerlo.

Esta es, por supuesto, mi prosaica variación del genial y desopilante cuento de Julio Cortázar: «Instrucciones para subir una escalera»; también es la entrada que elegí para relatar una de las tantas y sugerentes historias que Luis Manuel Aguayo me ha contado durante los casi diez años que lo conozco.

Había que pararse firme en esas calles secas y polvorientas de Fresnillo para no resbalar y caer en medio de una reyerta. El objetivo de los de la colonia Esparza era no dejar tocar al Meño en esa inesperada celada que les tendieron los liderados por el Barroso. Aunque hubo cadenas, palazos y trompadas por doquier, no hubo heridos de consideración y la batalla se disolvió a pocos minutos de empezar. Sin ganadores ni perdedores a la vista, un aire de resentimiento renovó la perenne promesa de un *después nos vemos*.

José era el Yeguas; Martín, el Xanate; David, el Marciano; el primo Beto, el Cantao; y Luis Manuel, el Meño, por esa deformación cariñosa de su nombre. Lo cierto es que con la emoción del incidente, pero, sobre todo, de la despedida en curso, los amigos retomaron el camino a la central de autobuses de Fresnillo. Con el viaje, Luis Manuel estaba a punto de cambiar para siempre su destino. Sus amigos los sabían. Un orgullo de origen, de pequeña patria sufrida y compartida los recorría a todos por igual.

¹ Profesor titular de la Universidad Pedagógica Nacional (Colombia).

² ¿Tu escalera descansa sobre el susurro del viento?

Aunque hicieron juntos la primaria, solo uno de ellos continuaría sus estudios. Para los demás ser ayudante de mecánico, vender gelatinas en la calle o semillas de calabaza en el tianguis era la opción menos improbable. En sus ratos de ocio podían robar cinturones de seguridad de autos sesenteros o inhalar pegamento, que era en aquellos tiempos la droga de los más jodidos.

A pesar de que la central de autobuses se ubicaba en el otro extremo del pueblo decidieron hacer esa distancia a pie. Uno de la palomilla se iba a la gran ciudad, para Aguascalientes, a formarse como maestro y había que despedirlo. Había que estar a la altura de las circunstancias. Ya en los andenes de la estación, el Meño movió su mano en señal de despedida, con los ojos llenitos de nostalgia.

Como era de esperarse, Luis Manuel hizo nuevas amistades en la Escuela Normal. No obstante, nadie podía calar más hondo en su alma que los amigos del barrio. Lo cierto es que pasaron los meses hasta que por fin llegó diciembre y las vacaciones de fin de año. No fue sino regresar a casa y dejar la maleta en la habitación para correr a la esquina a toda prisa.

—En el nuevo mundo la mayoría de las calles están pavimentadas, a la escuela se va en autobús, en medio de las avenidas hay árboles; incluso, hay casas que poseen bellos jardines en el frente.

Y los amigos escuchaban embelesados. Sin embargo, lo que generó genuina fascinación en ellos no fue la mención a la belleza de las muchachas de Aguascalientes, sino una tienda que poseía una escalera capaz de subir y bajar sola, movida por la fuerza de la electricidad.

La promesa de un viaje compartido quedó, entonces, flotando en el aire denso y azufrado de la colonia Esparza. Para el siguiente verano el viaje dejó de ser el resultado de un pacto de leales adolescentes y se empezó a ejecutar con lujo de detalles. Como los ahorros de la alcancía común eran insuficientes, había que extremar las condiciones de la excursión. Teniendo en cuenta que el boleto en tren costaba tres veces menos que en autobús, no había mucho que pensar al respecto.

El itinerario era sencillo aunque fatigoso: verían dos películas rotativas, desde las cuatro a las diez de la noche, en el teatro México. Luego caminarían ocho kilómetros hasta el centro mismo de la comunidad semi-rural que alberga la estación de San José. Un vez allí se acomodarían en las bancas para dormir hasta la llegada del tren. Ya en el vagón de pasajeros: chaca, chaca, chaca, hasta llegar a la ciudad milagro.

Cada nueva calle, cada almacén, cada edificio les resultaban sorprendentes, estremecedores. Caminaron desde la estación de Aguascalientes hasta la casa 339 de la calle Matamoros, donde Luis Manuel consiguió que la casera alojara a sus amigos esa noche, aprovechando que, al ser verano, los otros niños inquilinos ya habían regresado de vacaciones a sus pueblos.

Inmediatamente se dirigieron ilusionados a La Quemazón, el supermercado moderno, pomposo, que alojaba una de las primeras escaleras eléctricas en Aguascalientes.

—He ahí el prodigio —dijo Luis Manuel—.

Un tramo de la escalera subía y el otro bajaba como si tuviesen voluntad propia, como una víbora que en lugar de zigzaguear se movía recta e imperturbable. El Meño los reunió a todos y en voz baja dio instrucciones para subir a la escalera. Con clara determinación todos lo hicieron, una y otra vez, hasta perder la cuenta. Ningún cliente protestó, ningún empleado del almacén les llamó la atención; es posible que la gente advirtiera que los chicos, simplemente, se estaban divirtiendo y no hacían mal a nadie.

Esta historia de Luis Manuel yendo con sus amigos a ver las escaleras eléctricas, en la metrópoli de Aguascalientes, me resulta sumamente inspiradora. Está claro que, realmente, nunca viajamos solos. Que incluso en las aventuras más solitarias nos suelen acompañar los ancestros, la familia, los amigos, los amores. Nuestra maleta porta mucho más que ropa y expectativas, también viaja llena de historias. En cada kilómetro recorrido, en cada tramo del camino visto desde la ventanilla de un auto, un camión, un tren o un avión, en cada paso dado hacia adelante hay mucho más que novedad,

también hay nostalgia. En algunas ocasiones la maleta puede ir tan pesada que se convierte en un terrible lastre, que no nos deja avanzar, que nos impide continuar, pero en otras, como en este caso, es densa, sí, pero ligera al mismo tiempo.

Luis Manuel quiso compartir con sus amigos de infancia una parte de su propio recorrido y no le resultó difícil convencerlos. Les transmitió con tanto detalle e intensidad la sensación de sorpresa que lo envolvió una vez estuvo arriba de esa escalera, a la que no era necesario seguir subiendo, pues ella subía por uno. Visto a la distancia, el artefacto en sí mismo no es gran cosa, pero el concepto sí. Y esto fue justo lo que Luis Manuel les presentó a sus amigos de infancia, lo que quiso compartir con ellos. A todos les resultó irresistible. Enseñar matemáticas, pero, sobre todo, enseñar a enseñar matemáticas no es algo que se resuelve, ni mucho menos, describiendo, señalando cosas en el mundo sensible, lo más importante pasa por la comprensión del concepto.



Foto: En la colonia Esparza (1975). Arriba, de izquierda a derecha: compañeros de la Escuela Normal de Aguascalientes (de visita en Fresnillo); al centro, la prima Hortensia; a la derecha, Luis Manuel Aguayo; abajo: el Yeguas, el Marciano y el Xanate

Con el relato de esa experiencia, de ese viaje compartido, Luis Manuel también nos muestra la diferencia entre acceder a un tesoro y vislumbrar una maravilla. A los seres humanos nos encanta atesorar, poseer cosas que en alguna medida nos definen o más preciso sería decir: dan cuenta de nuestro trabajo, de nuestro esfuerzo de todos los días. Nos resultan —lamentablemente no a todos— tan esenciales, tan determinantes los afectos, que también los atesoramos, que es la mejor forma de decir que los alimentamos, los cuidamos, los sostenemos. Por supuesto, algunos de nuestros tesoros adquieren un genuino valor cuando los compartimos o cuando los heredamos; pero hay otros tesoros que son para nuestro individual, egoísta y absoluto disfrute. Que nadie se sienta culpable por ello. Con el tiempo cada uno aprende a establecer las diferencias entre unos tesoros y otros, y en casos especiales a elegir sus destinatarios.

Luis Manuel no vio en la primera escalera eléctrica de Aguascalientes un tesoro, sino una maravilla. Y el normalista de Fresnillo sintió el irrefrenable impulso de mostrarle a sus amigos de infancia, de barrio, que la realidad no se agotaba en los socavones de las minas, las calles áridas del vecindario compartido, la reiteración de una llana arquitectura, cuya estética no suele apreciarse fácilmente a primera vista, hay que decirlo, quizás tampoco a la segunda.

Pero claro, si hay algo que realmente apasiona a un amante de las matemáticas son las paradojas. Escalar sin tener que dar pasos hacia arriba es algo que, bien visto, asombra, hace pensar. No importa si el mecanismo que explica y que hace funcionar una escalera eléctrica es simple; como idea es, cuanto menos, desafiante.

A diferencia de los tesoros más celosamente custodiados, consideramos que algo es una maravilla solamente cuando es compartido. ¿Y qué es lo que se comparte? El asombro. Maravillarse, asombrarse son verbos que tienen mucho más que un aire de familia, duermen en el mismo lecho y toman juntos el café por la mañana al despertar. Lo que el joven Luis Manuel descubrió en esos años de la Escuela Normal fue una intensa, apasionante y asombrosa

relación con el conocimiento. Y se percató de que la mayor relevancia de ese descubrimiento solo residía en la decisión, en el gesto de compartirlo. Fue así como se empezó a convertir en el maestro que todos conocemos.

La pedagogía es el bello arte de enseñar. Eso lo sabemos quiénes intentamos su ejercicio cada día, algunas veces con poco éxito y escasas recompensas, otras, con resultados impen-sados, con afectaciones incalculables, impredecibles en los otros, cuando tiene lugar la magia del asombro. Es un arte complejo que exige una relación amorosa con el saber, disciplina, paciencia, capacidad de seducción, de persuasión.

Quizás para muchos ciudadanos esta historia representa una de las tantas de pueblerinos ingenuos —con los que me identifico, pues comparto ese mismo origen y quizás también esa misma actitud— capaces de maravillarnos con cosas comunes y corrientes y, por eso mismo, triviales y hasta tontas. Pero es, justamente, todo lo contrario. Lo que Luis Manuel Aguayo ha hecho de esta y de las tantas experiencias remotas y recientes que suele relatar, que suele compartir, lo ha convertido en la persona que es, en el maestro que es.

Si a alguien le queda alguna duda sobre el valor que puede tener reconstruir, recrear y relatar experiencias personales y prestadas, aparentemente anodinas, solo le pido que considere en lo que llegó a convertirse aquella historia situada en un paraje remoto del mundo, que comienza con un hombre, que lleva de la mano a su pequeño hijo a una feria de gitanos, a conocer el hielo.

Bogotá, D. C., 12 de diciembre de 2024